



José Ulanga y Algocín

No hay peor mentira que la mitad de la verdad
Drama en un acto

PERSONAJES

DON JUAN DE LAZCANO.
FERMINA, su hija, de edad de 12 años.
DOROTEA, su sobrina, de edad de 13 años.
LEANDRO, hermano de ésta, de edad de 14 años.
ANTONIO, cochero de DON JUAN.
Un CRIADO.

La escena es en un pueblo de Guipúzcoa, y en una sala de casa de DON JUAN.

Acto único

Escena I

DON JUAN.- (Con una carta en la mano.) ¡Esto es lo que uno saca de tornar a su cargo hijos ajenos! ¡Cierto que va saliendo buena maula el tal Leandro! Y yo ¡Simple de mí! ¡Qué le quería más que a mi propio hijo! ¡Quién hubiera imaginado que había de dar tal vuelta, acordándose de lo que era cuando niño? ¡Tan vivo, tan alegre, con un corazón tan compasivo y un carácter tan dócil, tan obediente! Como que era imposible dejar de amarle. ¡Y ahora salimos con que se ha transformado en un calavera completo! No quiero volverle a ver, ni que ninguno me le nombre en la vida.

Escena II

DON JUAN, DOROTEA.

DOROTEA.- Me han dicho que V. me llamaba, tío; y vengo a saber que tiene V. que mandarme.

DON JUAN.- Quiero que sepas las gracias del bribón de tu hermano.

DOROTEA.- ¿Cómo? ¿de Leandro?

DON JUAN.- Toma: ahí tienes esa carta de Mariano: diviértete en leerla. Si no mejor será que yo te la lea. Escucha.

«Mi querido papá: Aunque siento haber de contar a V. cosas desagradables, tengo por acertado que las sepa V. por mí antes que por otro. Nuestro amado Leandro... ¡Cierto que merece bien el epíteto!... Nuestro amado Leandro tiene la peor conducta imaginable. Hace algunos días vendió el reloj, y después todos sus libros, según me lo ha hecho descubrir la casualidad siguiente. Un hombre que vende libros viejos, y suele venir de tiempo en tiempo al seminario a despachar su mercancía, me ofreció ayer un ejercicio cotidiano, y se lo compré por dos reales, pues el mío a fuerza de leerle y ojearle estaba inservible. Luego que le abrí, conocí ser el de Leandro, y no me quedó duda cuando vi su nombre escrito en la portada. Así que me cercioré, fui a dar cuenta de todo al superior, pero sin decir palabra a los compañeros, para que no padeciese la opinión de mi primo. Reconvenido éste, contestó al superior, que le había vendido porque necesitaba dinero, pero que mientras pudiera comprar otro, se servía del que le había prestado un amigo que tenía dos. Cuando el superior le preguntó qué había hecho del dinero, le refirió cierta historia, que me pareció forjada repentinamente. No será malo, dije entre mí, indagar si se ha deshecho de alguna otra cosa, y lo primero que pensé, fue en el reloj, que le dio V. por vía

de aguinaldo, atendiendo a que es un distraído y nunca sabe a qué hora vive. Le pregunto por él, se queda cortado, y por fin me contesta que estaba en casa del relojero. Traté de averiguarlo por salir de dudas, y hallé que no era verdad. A los cargos que le hice como corresponde a un buen primo, respondió que nada me importaba; que para saber la hora no era menester reloj, y sobre todo que el suyo estaba mejor empleado, que en su bolsillo. ¿Y quién sabe si habrá hecho alguna diablura más? Pues no es posible que uno lo averigüe todo».

Vamos, ¿qué te parece de esto, Dorotea?

DOROTEA.- Muy mal, tío mío; pero no puedo concebir...

DON JUAN.- Ten un poco de paciencia, y escucha, que aún falta lo mejor. (Lee) «Ante ayer por la tarde se salió sin licencia del colegio, y al anochecer aún no había parecido; llegó a la hora de la cena y no asistió al comedor: en fin pasó la noche fuera, y no se le vio hasta la mañana siguiente. Ya V. imaginará el recibimiento que tendría. Preguntáronle dónde había estado, a que satisfizo con una porción de enredos que traía inventados de antemano. Bien que aún cuando fuera cierto cuanto dijo... Por último, esta noche debe comparecer ante la junta de maestros, de la cual resultará que le echen ignominiosamente, o por lo menos que le despidan del seminario. En todo este suceso lo que más me aflige es la ingratitud con que ha procedido con V., y la afrenta que se nos sigue de la vida disipada a que se ha entregado, porque no me puedo persuadir que no sea un puro embrollo cuanto ha dicho acerca del sitio en que pasó la noche».

¿Y tú, majadero, por qué no lo dices claramente?

«Quiero sin embargo suponer que en todo ha hablado verdad; aún así lejos de servirle de excusa, agravaría su delito, y no sería menos acreedor a la indignación de V. Lo más singular es, que ahora nos amenaza con que se irá de aquí, y se presentará a V....».

Sí, sí, que venga, que se atreva a poner los pies en los umbrales de mi casa, y verá lo que le sucede. Vaya noramala a refugiarse donde pasó la noche. Cuidado, señorita, con volvérmelo a nombrar: ¿lo entiendes? Que le metan en un encierro, que le despidan, o que le echen afrentosamente del seminario, poco me importa. Allá se las haya; nada quiero saber de tal sujeto. Vaya, si quiere, al primer puerto de mar, entre de paje de escoba en un navío, y a las Indias a probar fortuna, que es el único arbitrio que le queda. Mata aquí le había mirado como a hijo: ya ves que bien me paga.

DOROTEA.- Es verdad, tío mío; V. nos ha servido de padre con tal esmero, que ni los mismos que nos dieron el ser pudieran haber hecho más por nosotros.

DON JUAN.- En eso me he portado como debía y nada más. Otro tanto hizo tu difunta madre con mis hijos durante mis viajes. Era en mí una verdadera obligación que he cumplido con la mayor complacencia hasta el presente día, pero en adelante...

DOROTEA.- No, querido tío: Si mi hermano ha podido extraviarse un momento, la viveza de su genio le habrá arrebatado. No puede ser

otra cosa. Bien le conoce V. y bastante tiempo le ha tenido a su lado, para no olvidar, que siempre que cometía alguna falta, su arrepentimiento y el pesar de haber disgustado a V. borraban sobradamente su culpa.

DON JUAN.- ¿Y qué son pocas las travesuras que le he disimulado? Cuando se abrasó las cejas y el pelo con sus malditos cohetes, cuando rompió de una pedrada el espejo del vecino, cuando se metió en el lodo con el vestido que acababa de estrenar, y por último cuando hizo pedazos el mejor de mis carruajes precipitándolo por el despeñadero, ¿no le perdoné generosamente? Ya se ve: caí en la necedad de creer que todo era obra de su atolondramiento más que de mala índole; pero esto de vender el reloj y los libros, pasar la noche fuera del seminario, apostárselas a los maestros, y tener osadía para volver aquí ¿te parecen pecados veniales? Yo le aseguro...

DOROTEA.- Suplico a V. por Dios, tío mío, que no le condene sin oírle.

DON JUAN.- ¿Qué es eso de oírle? Ni verle quiero. Ahora mismo voy a dar orden a los mozos que si se presenta en el lugar le den a garrotazos la bienvenida.

DOROTEA.- No es capaz su corazón de V. de tanta crueldad, ni se negará a los ruegos de una sobrina, que ama y respeta a V. como a su mismo padre.

DON JUAN.- No, hija mía, no: contigo no es nada: ¡así aquel bribón se pareciera a ti! Por tanto no temas que sus extravíos alteren en lo más mínimo el cariño que te tengo. Pero si me quieres, no trates de importunarme con lágrimas ni ruegos impertinentes.

DOROTEA.- ¿Y cómo quiere V. que no me aflija de ver a mi hermano en desgracia de mi buen tío?

DON JUAN.- Él se tiene la culpa: ¿por qué no dice dónde pasó la noche, y qué ha hecho del dinero?

DOROTEA.- No dice Mariano que no haya dado sus descargos, sino que él no los cree. Así, tío mío...

DON JUAN.- Bien está: por darte gusto esperaremos la carta del director.

Escena III

DON JUAN, DOROTEA, un CRIADO.

DON JUAN.- ¿Qué traes?

CRIADO.- Acaba de llegar un propio con este pliego del seminario de Vergara.

DON JUAN.- A ver: (Toma la carta.) Ahora saldremos de dudas.

Dile al mozo que espere, pues tiene que llevar la contestación.

CRIADO.- ¿Le digo que suba?

DON JUAN.- No, que yo iré allá, y le examinaré despacio.

(Vase DON JUAN, y DOROTEA quiere seguirle, pero el CRIADO la hace señas de que se quede.)

Escena IV

DOROTEA, CRIADO.

CRIADO.- Escuche V. señorita.

DOROTEA.- ¿Qué tienes que decirme?

CRIADO.- Que el señorito está aquí.

DOROTEA.- ¿Mi hermano?

CRIADO.- El mismo. Si no ha llegado, debe estar muy cerca.

DOROTEA.- ¿Cómo lo sabes?

CRIADO.- El propio del colegio le ha encontrado en el camino. Mas no me dirá V. qué es lo que ha hecho don Leandro?

DOROTEA.- No lo sé; pero es incapaz de incurrir en ninguna falta indecorosa.

CRIADO.- Lo mismo venía yo diciendo entre mí. Ya sabe V. que en casa todos le queremos tanto, que le serviríamos de rodillas.

Siempre nos trataba con tanto cariño, ¡y luego por la menor cosa en que nos ocupase nos regalaba tan bien!... Cuando el amo se enfadaba con alguno de nosotros, ya se sabía: al instante acudía al señorito, se empeñaba con el tío, y ya no se hablaba más del asunto. Yo no sé cómo haya podido el rector enojarse con él. Sin duda le habrá querido tratar mal por alguna travesurilla, y como él no se deja sopapear de nadie...

DOROTEA.- ¿En qué sitio le encontró el propio?

CRIADO.- Ahí cerca del pueblo, durmiendo entre los árboles a la orilla del arroyo.

DOROTEA.- ¡Pobre Leandro!

CRIADO.- El mozo le despertó, y dice que al verle se quedó tan aturdido... Pensaba que venía tras él para llevarse al seminario, y así se alborotó mucho diciendo, que no volvería aunque le hicieran cuartos.

DOROTEA.- Esa firmeza y ese tono resuelto son muy suyos. Prosigue.

CRIADO.- El mozo le dijo, que no era su intención causarle la

menor molestia, aun cuando supiese perder su acomodo: le contó el objeto del mensaje, y las cosas que se decían de él por allá.

DOROTEA.- ¿Y después?

CRIADO.- Después se vinieron juntos hasta la ermita, donde se quedó escondido esperando la vuelta del criado para que le informase del modo con que su tío había tomado la cosa.

DOROTEA.- Si yo pudiera hablarle...

CRIADO.- Y qué ¿le parece a V. que el señorito no tendrá el mismo deseo?

DOROTEA.- Lo peor es que ése es el sitio a donde mi tío acostumbra ir a pasear. Mejor será que vayas a decirle que se venga hacia el corralón, y se esconda en el pajar, que yo iré a buscarle así que el tío salga. Si no, estamos expuestos a que le encuentre en la fuerza de su enojo, y sería un gran contratiempo.

CRIADO.- Esté V. sin cuidado que ahora mismo iré y le enseñaré un buen escondite. (Vase) .

Escena V

DOROTEA.- ¡Pobre muchacho! Cuantos más sustos llevo por él, más le quiero.

Escena VI

DOROTEA, FERMINA.

DOROTEA.- A buen tiempo llegas, querida prima, pues estaba deseando hablar contigo; y no porque tenga ninguna buena noticia que darte, ¡qué bien malas son por cierto!

FERMINA.- Nada me digas, que ya lo sé todo. Papá me ha dado a leer la carta de mi hermano, y con la del director se le ha encendido más la cólera contra mi primo.

DOROTEA.- No sé de qué medio valerme para justificarle.

FERMINA.- Cualquiera cosa apostarí a que éstas son tramoyas de Mariano. ¿No conoces ya su hipocresía? ¿No sabes que acostumbra culpar cautelosamente a los demás de las travesuras que él hace? Ya no es la vez primera que ha intentado malquistar a tu hermano con papá. En otras muchas ocasiones ha hecho lo mismo, y en todas ellas, cuando se ha apurado la verdad, se ha visto que el culpable era él, y Leandro estaba inocente. En su misma carta se echa de ver su perfidia, y ya verás como tu hermano ha cometido,

cuando más, alguna indiscreción de poco momento.

DOROTEA.- ¡No sabes cuánto me consuelan tus palabras, amada Fermina! Tienes razón: mi hermano es naturalmente bueno, franco, generoso, sin desconfianza, ni artificios; pero es inconsiderado, atrevido y fogoso, tan tenaz en sostener su opinión, como incapaz de disimular la incomodidad que le causa el que los demás piensen de diverso modo.

FERMINA.- Y Mariano es falso, disimulado, envidioso y adulator: un gato mansito que saca las uñas y te da un arañazo cuando menos lo esperas. De buena gana cambiaría yo a mi hermano con todas sus aparentes virtudes por el tuyo con cuantos defectos le supones. Lo que siento es que no se halle aquí.

DOROTEA.- No está muy lejos, Ferminita.

FERMINA.- ¿De veras? ¿Está en casa? Dímelo por Dios, que estoy ansiando por verle.

DOROTEA.- Calla, que oigo la voz de mi tío: por señas que viene riñendo.

FERMINA.- Mira:... sí, mejor será: yo saldré al encuentro a papá, y haré cuanto pueda por aplacarle. Entre tanto acude a ver y consolar a Leandro, pues eres su hermana y es más justo que le veas primero.

DOROTEA.- Lo que haré yo, será echarle una buena repasata, que bien la merece. (Vase) .

Escena VII

DON JUAN, FERMINA.

DON JUAN.- Dad de comer a ese mozo, y que descanse; que mañana se irá ¡Buena serenidad tengo yo ahora para contestaciones, cuando la cólera me tiene fuera de mí!

-19-

FERMINA.- ¡Válgame Dios, papá! ¡Tanto enfado con mi pobre primo! No parece sino que ha cometido algún asesinato.

DON JUAN.- ¿Conque no ha hecho nada? ¿No es esto? Tan buena cabeza tienes tú como él, y a fe que si vienes por su medianera, no ha podido buscar mejor influjo. ¡Cuánto más valdría que entrambos imitaseis el ejemplo de quien os avergüenza con su conducta irrepreensible!

FERMINA.- ¿Y quién es ese dechado de perfección?

DON JUAN.- ¿Quién puede ser sino mi Mariano?

FERMINA.- Ah, sí: mi carísimo hermano, el joven más veraz y generoso que se conoce. ¡Cierto que es dignísimo modelo!

DON JUAN.- Ya sé que ni tú ni Dorotea le podéis ver, habiendo

conseguido hasta inspirarme sospechas de su conducta. Pero la carta del director le elogia encarecidamente, y éste es un -20- testimonio algo más respetable e imparcial que el vuestro.

FERMINA.- ¿Imparcial? ¿Pues hay algún maestro que no se deshaga en alabanzas de su discípulo, si éste es hijo de padres acomodados, de quien pueda esperar buenos regalos en premio de sus encomios?

Acuérdese V. de que lo mismo hacían los maestros que tuvo en casa.

DON JUAN.- Bien esté: supongamos que en los elogios hay un poco de exageración; pero la verdad es que hasta ahora no me ha dado una sola vez que sentir, siendo así que Leandro me ha causado muchos disgustos con sus continuas travesuras.

FERMINA.- Sus travesuras nunca han redundado en perjuicio ajeno, que el mal ha sido siempre para él solo.

DON JUAN.- Calla, habladora, y no acabes de apurarme la paciencia. ¿Conque para él solo ha sido el daño? Cuando hizo añicos mi berlina arrojándola por un precipicio ¿a cargo de -21- quién fueron los doce mil reales que costó, bachillera? ¿Y qué berlina? La mejor que he tenido, de última moda, con muelles reciénvenidos de Inglaterra, y sobre todo sin estrenar.

FERMINA.- Pero, señor; hágase V. cargo de que todo su delito fue importunar a Antonio el cochero para que le dejase subir al pescante el día que fue a probar los caballos en ella. Lo demás ya sabe V. cómo sucedió: se cayó la fusta al suelo; bajó por ella Antonio, y entretanto conociendo los caballos el poco brío del que llevaba las riendas, se desbocaron. ¡Gracias a que se salió la clavija del juego delantero, con lo cual sólo padeció la berlina!

DON JUAN.- Ya se ve; y como el que la había pagado fui yo, ahí tienes como la farda cayó toda sobre mis costillas.

FERMINA.- Bien le alcanzó el ramalazo al pobre chico que salió con la cabeza rota, y sobre todo al infeliz Antonio que fue despedido inhumanamente.

-22-

DON JUAN.- ¡Vaya! No quisiera acordarme de esta fechoría, porque se me enciende la sangre cuando pienso en ella.

FERMINA.- Y el pobre Leandro, ¿lo ha sentido menos que V.? Cada vez que se acuerda de haber sido causa de la desgracia de Antonio, no tiene consuelo.

DON JUAN.- Tal para cual. Y tú que los defiendes, no eres mejor que tus protegidas. ¡Lástima que no hubieras nacido varón! ¡Buena pareja hicieras con tu primito!

FERMINA.- Pero a lo menos...

DON JUAN.- ¡Ea! Callemos, que ya estoy cansado de tus bachillerías. Voy a tomar un rato el fresco: anda ve a buscar a Dorotea, y cuidado con venirme con nuevas importunidades. (Vase dejando el sombrero sobre una silla.)

-23-

Escena VIII

FERMINA, DOROTEA.

DOROTEA.- (Asomando la cabeza.) Chit... ¿Ha salido el tío?

FERMINA.- Sí; acaba de salir en este momento. ¿Y Leandro?

DOROTEA.- Allá queda al pie de la escalera de nuestro cuarto.

FERMINA.- Pues dile que suba, y vamos allá las dos.

DOROTEA.- ¿Cómo, si está en él Justina? ¡Dios nos libre!

FERMINA.- Si no, traigámosle aquí, pues en esta sala nunca entra nadie cuando papá está fuera.

DOROTEA.- Tienes razón: con eso es más fácil darle salida si sobreviniese algún contratiempo. Espera un instante, verás que pronto estoy aquí con él. (Vase.)

-24-

Escena IX

FERMINA.- ¡Cuánta ansia tengo por verle, y oírle contar su historia! Como que hace ya más de un año que nos dejó. ¡Ah! Ya le veo. (Corre a la puerta a abrazarle.) ¡Primo mío!

Escena X

FERMINA, DOROTEA, y LEANDRO.

DOROTEA.- ¡A fe que merece muy bien esas caricias, cuando no hace más que darnos pesadumbres!

FERMINA.- Cuando le veo, no me acuerdo de nada.

LEANDRO.- ¡Oh, prima querida! ¡Siempre tan buena, tan cariñosa conmigo! Mi hermana no me trata nunca con tanta indulgencia.

DOROTEA.- Si el tío no te tratara con más severidad que yo, ¿qué más quisieras?

-25-

LEANDRO.- ¿Qué dice de mí? ¿Está de veras muy irritado conmigo?

DOROTEA.- ¡Pobres de nosotras si llegase a saber que te tenemos oculto en casa! Antes de diez minutos tendríamos que tomar la puerta los tres.

FERMINA.- Ten por Dios el mayor cuidado de que no te vea, porque es capaz de tirarse a ti y darte de bofetadas.

LEANDRO.- Pues, señor; ¿qué es lo que le ha escrito el director del seminario?

DOROTEA.- Algún panegírico de tus calaveradas.

FERMINA.- No lo sabemos; pero como ya mi hermano le apuntó algo por el correo de ayer, y esa carta maldita vino detrás a remachar el clavo...

LEANDRO.- ¿Cómo? ¿Mariano le ha escrito? Entonces nada tengo que temer, pues sabe cuanto ha ocurrido lo mismo que yo. No quise ocultarle -26- cosa alguna, y su carta será mi mejor descargo con el tío.

FERMINA.- No; si te hemos de juzgar por su carta, no saldrás muy bien librado.

LEANDRO.- Desde ahora consiento en ser tenido por un bribón, sino estoy inocente de lo que me imputan.

DOROTEA.- Eso no es decir nada: claro está que una de las dos cosas has de ser forzosamente.

LEANDRO.- ¿Es posible que hasta vosotras me hayáis creído culpado? ¿Cuál es mi delito? Haber vendido el reloj.

DOROTEA.- ¿Y quién sabe si la ropa blanca y los vestidos habrán llevado el mismo camino?

LEANDRO.- En eso no te engañas: si hubiese necesitado más dinero hubiera vendido hasta la camisa.

DOROTEA.- ¡Buen medio has adoptado por cierto para -27- justificarte! ¿Y eso de dormir fuera del colegio?

LEANDRO.- Sólo me he quedado una noche.

DOROTEA.- ¿Y revelarte contra los superiores porque quisieron corregirte como era natural?

LEANDRO.- Mejor dirás que trataron de ultrajarme injustamente. Además de que nada remediábamos con mi resignación a sufrir el castigo que me amenazaba, pues mi tío siempre me hubiera creído culpable. Y finalmente, si la pena no hubiese sido echarme con ignominia del seminario, ¿crees tú que hubiera tenido valor para ponerme jamás en vuestra presencia?

FERMINA.- Pero dínos cuanto antes las razones en que se funda tu defensa, para que podamos hacerlas presentes a papá, y sincerar tu conducta.

LEANDRO.- Esto es lo que pasó: hace algunos días que supimos que había feria en un pueblo inmediato: pedimos licencia al director para ir a -28- ver las curiosidades que ofrecen tales concurrencias, y como estábamos en vacaciones, nos la dio sin la menor repugnancia.

DOROTEA.- Vamos; ya está entendido: el reloj y el ejercicio cotidiano se emplearon en dulces y otras golosinas, o en ver las monas y la marmotiña.

LEANDRO.- No puedes disimular la afición que tienes a esas fruslerías, cuando te figuras que hay quien malgaste en ellas su dinero. Dígote que no es nada de eso. El hecho fue, que tenía sed, y entré en una tienda de vinos y licores.

DOROTEA.- Peor está que estaba.

LEANDRO.- Mujer, déjame concluir, que a cada paso me estás interrumpiendo. Apenas acababa de sentarme...

FERMINA.- (Aplicando el oído a la puerta.) ¡Ay! ¡Qué vuelve

papá! ¡Perdidos somos!

DOROTEA.- Vete, y escóndete por Dios, no te vea.

-29-

LEANDRO.- De aquí no me muevo: me echaré a sus pies, le pediré perdón...

FERMINA.- No, no, Leandro; mira que está muy irritado: vete por mi vida.

LEANDRO.- Si es tu gusto, ya me voy.

FERMINA.- (Echándole fuera.) Sí, déjalo por mi cuenta.

Escena XI

DON JUAN, FERMINA, DOROTEA.

FERMINA.- ¡Jesús papá, qué corto ha sido el paseo!

DON JUAN.- ¿Qué corto, ni qué largo? Ando buscando el sombrero por toda la casa, y no sé donde diantres le he dejado.

DOROTEA.- (Mirando alrededor.) Tenga V. tío, aquí esta.

DON JUAN.- ¿Y no podías habérmelo dado cuando salí de aquí?

-30-

DOROTEA.- ¡Si no le he visto hasta ahora!

FERMINA.- ¡Buenos estamos para pensar en sombreros!

DON JUAN.- En efecto: ¡son tantos y tan graves los negocios que te abrumen!

FERMINA.- ¿Le parece a V. que la situación del pobre Leandro se le aparta a una del pensamiento?

DON JUAN.- ¿No tengo dicho ya que no quiero oír su nombre?

FERMINA.- Está bien, papá: no hablemos de él, pero ¿no sería mejor que diese V. su paseo antes de anochecer, y no exponerse a que le haga mal el sereno?

DON JUAN.- No: ya no salgo, que es tarde. (Se miran las dos.)

Además acaban de decirme que está ahí el otro cochero y quiere hablar conmigo.

FERMINA y DOROTEA.- ¿Quién? ¿Antonio?

-31-

DON JUAN.- Sí: gran perjuicio me causó; pero bien castigado está ya, y a la verdad no tengo valor para dejar de oírle deseándolo con tanto ahínco.

FERMINA.- ¿Y por eso ha de perder V. su paseo? Que espere hasta que V. vuelva.

DON JUAN.- No, no: veamos lo que quiere, y salgamos del paso cuanto antes. Por otra parte, bien considerado el hecho... (FERMINA y

DOROTEA se hablan al oído.) Digo, señoritas, ¿qué crianza es ésa?

Cuando su tío de V. (A DOROTEA.) y su padre (A FERMINA.) está hablando, será muy puesto en razón que Vds. le escuchen. Decía que

bien considerado el hecho... (DOROTEA quiere irse.) ¿Dónde te vas?

DOROTEA.- (Cortada.) Tengo precisión de ir abajo.

DON JUAN.- Bien: Dile de camino a Antonio que suba.

(DOROTEA sale.)

-32-

Escena XII

DON JUAN, JOAQUÍN.

DON JUAN.- Por otra parte el tal Antonio me da lástima. Es el mejor cochero que he tenido; en las ancas de los caballos podía uno verse la cara como en un espejo, y sobre todo no es de aquellos que se van a emborrachar con las sisas de la cebada.

FERMINA.- Es mucha verdad: y si V. no le hubiera despedido, el pobre Leandro se habría ahorrado más de cuatro pesadumbres.

DON JUAN.- ¿Y quién tiene la culpa sino él, de que yo le despidiese, y me vea ahora sin cochero? Cuantos he tenido después han sido a cual peor; y cada día desconfío más de hallar uno que supla su falta.

-33-

Escena XIII

DON JUAN, FERMINA, DOROTEA, ANTONIO.

DOROTEA.- Aquí está Antonio, tío.

ANTONIO.- Perdona V. señor, mi atrevimiento, pues no pudiendo persuadirme que aún le dure a V. el enfado, y pasando casualmente por el pueblo, me he tomado la libertad de ponerme en su presencia para suplicarle que tenga la caridad de darme un certificado favorable de mi conducta.

DON JUAN.- ¿Pues qué? ¿No le llevaste cuando saliste de casa?

ANTONIO.- No, señor: V. me dijo secamente: «Ahí tienes tu dinero, vete al punto de mi casa, y no vuelvas a parecer en mi presencia».

Así no tuve ni tiempo ni valor para pedir a V. el papel de abono.

DON JUAN.- ¿Y te parece que eras acreedor a más consideraciones

-34- después de haber destrozado mi berlina?

ANTONIO.- Verdad es, señor: pero, ¿qué remedio? Un cochero sin fusta no es nadie, y como la mía se había caído... ¡Buen cuidado tendré de que no me vuelva a suceder otro lance igual!

DON JUAN.- Bien está: ya eso se acabó. ¿Cómo te ha ido desde entonces?

ANTONIO.- ¡Ay, señor! Sepa V. que no he tenido día bueno. Entré al instante en casa del coronel Campuzano; pero, ¡qué hombre aquel! No sabía hablar sino enarbolando el bastón. ¡Dios le haya perdonado!

DON JUAN.- ¿Ha muerto?

ANTONIO.- ¡Sí, señor!; y ¡Con gran satisfacción de sus soldados! Ya se ve, sino se verificó que diese una orden de cuatro palabras sin adornarla con cuatro porvidas y juramentos. A sus caballos garrote listo, y cebada larga; pero s los criados poco pan y muchos ultrajes.

-35-

FERMINA.- ¡Pobre Antonio! ¿Y por qué no dejaste al segundo día semejante casa?

ANTONIO.- ¿Qué quiere V. que hiciera, señorita? Con hijos y mujer, y con la ventaja de que ésta fuese recibida en la casa para lavar y coser la ropa blanca, ganando por su parte tanto como yo para alimentar a nuestra familia, fue preciso aguantar el genio de aquel Herodes. Al verle delante, todos nos poníamos a temblar, pero al fin la muerte le hizo temblar a él, y quedamos en la calle. Actualmente estoy desacomodado, y no sabemos donde ir a dar con los huesos.

DON JUAN.- Y qué, ¿no sabías tú, que yo no consiento que nadie se muera de necesidad, y menos los que me han servido tantos años?

ANTONIO.- Sí, señor, que lo sé; y más de cuatro veces tuve intención de venir: pero aquellas palabras tan secas que V. me dijo: «no te presentes jamás delante de mí», estaban sonando siempre en mis oídos como un trueno, y... -36- la verdad, no tuve ánimo para hacerlo. Una docena de juramentos del coronel, de aquellos más horrorosos, no me hubieran intimidado tanto.

FERMINA.- ¿Pero cómo no has hallado casa en tanto tiempo?

ANTONIO.- ¡Ay, señorita! Aquí en Guipúzcoa no es lo mismo que en Madrid: hay pocas gentes que gasten coche. Mi único recurso ha sido ir al campo a ganar un triste jornal: entre tanto mi mujer hilaba cuanto podía y los muchachos andaban pidiendo limosna. Pero toda la ganancia era tan escasa, que después de matar el hambre, no ganaba lo suficiente para pagar la zahúrda en que estábamos albergados. Creció de día en día nuestra miseria en términos que mi pobre mujer no pudiendo soportarla, cayó enferma, y murió en breve tiempo. (Se enjuga las lágrimas.)

DON JUAN.- Estoy por decir que te está bien empleado. ¿Por qué no acudiste a mí? ¿Soy por ventura -37- algún despiadado, que no tiene entrañas ni caridad?

FERMINA.- (A DOROTEA.) Ya papá está enternecido. ¡Buen agüero para Leandro!

ANTONIO.- ¡Y qué buena mujer era la mía! ¡Qué aplicada y hacendosa! ¡Con qué mansedumbre y cariño aplacaba mi cólera cuando yo desesperado de mi situación, gritaba y quería hacer pedazos

cuanto cacharro se me ponía por delante! ¡Dios le dé la gloria, que buena falta me ha hecho! Mis mayores desgracias empezaron entonces y Dios sabe cuando tendrán fin.

FERMINA.- ¡Pobre Antonio!

ANTONIO.- Como no había esperanzas de hallar acomodo en el país, cargué con la niña, y tornando al chico de la mano, eché a andar una tarde por evitar el calor, y habiendo caminado toda la noche, llegué al otro día a una aldea, donde había una feria muy concurrida. Aproveché la ocasión de ganar algún dinerejo llevando -38- fardos de una parte a otra, cuando quiso Dios depararme al señorito don Leandro, o por mejor decir a un ángel del cielo, que aliviase mis trabajos.

DON JUAN.- ¡Cómo! ¿A Leandro? ¿Y llamas ángel a aquel calavera?

(DOROTEA y FERMINA se dan la mano acercándose con curiosidad y diciendo a un tiempo.)

FERMINA.- ¿Leandro?

DON JUAN.- ¿Mi hermano?

ANTONIO.- Sí, señor: así le llamo, y menos sentiré que me mande V. dar de palos, que oír que le trate V. de un modo tan poco merecido.

DOROTEA.- Prosigue, Antonio, que estoy en ascuas: cuéntanos lo demás.

ANTONIO.- Entró mi Luisita a pedir limosna en una tienda de vinos generosos, y quiso Dios que estuviesen sentados a una mesa bebiendo los señoritos don Leandro y don Mariano.

-39-

DON JUAN.- ¡Eh! ¿Qué tal? ¡Mirad qué buenas inclinaciones! ¡Y nada menos que en una taberna!

DOROTEA.- No es eso, tío; sino que acababan de llegar, y estaban muertos de sed.

DON JUAN.- ¿Pero qué tenían que hacer en aquel pueblo?

FERMINA.- Iban a ver la feria. ¿No estaba allí también Mariano coa ser tan ejemplar?

ANTONIO.- Pues, señor: conoció al momento a la chica, y sin que pudiese contenerle don Mariano, le dio un vaso de vino, y cogiéndola del brazo se salió con ella a la calle: la preguntó por mí, y enterado de nuestra situación corrió a buscarme. Estaba yo en la calle inmediata al lado de una fuente, bebiendo en el sombrero un trago de agua para templar al gran calor que hacía, cuando llega don Leandro, y sin reparar en mis andrajos se arroja a abrazarme. Yo no sé cómo no me mató el gusto de verle, y cómo no le ahogué apretándole contra mi -40- corazón. Por último viendo que se agolpaba la gente, le llevé al mesón, en que tenía de antemano apalabrado un rincón del granero.

FERMINA.- ¿Cuánto va papá, a que mi primo?...

DON JUAN.- Calla, no le interrumpas: sigue, Antonio, sigue.

ANTONIO.- Le hice la misma relación que a Vds., y al oír la echó a llorar exclamando: Yo soy quien debiera mendigar por ti, pues he

tenido la culpa de tus trabajos; pero no descansaré hasta que haya conseguido remediarlos en cuanto pueda. Toma por el pronto el poco dinero que tengo; tómallo, Antonio, que yo no lo he menester: y en esto se puso a recorrer todos sus bolsillos. Yo repugnaba tomarlo, diciéndole que no quería privarle de una cantidad que le haría falta para sus diversiones; pero se enfadó tanto, y empezó a patear y a menear la cabeza en tales términos, que pensé que me daba de cachetes si llevaba adelante mi resistencia.

-41-

DON JUAN.- ¿Y cuánto te dio?

ANTONIO.- Cosa de seis pesetas; pero ¿cómo? Con solos dos reales se quedó, sin poder yo lograr que tomase siquiera la mitad. «No te empeñes en eso, me dijo: nunca permitiré yo, que un buen criado de mi tío, que no es asesino ni ladrón, se vea precisado en su vejez a mendigar de puerta en puerta con sus hijos sin tener un rincón en que meterse. Ya puedes tratar de buscar un cuartito, mientras yo vuelvo a traerte mayor socorro, que antes de tres días estaré aquí con él. Entretanto escribiré a mi tío, que aunque está irritado con nosotros dos, bien sé que no te dejará perecer, porque es más caritativo y generoso de lo que tú te figuras.

DON JUAN.- La verdad, Antonio: ¿eso te dijo?

ANTONIO.- Señor, lo juraré si es del caso.

DON JUAN.- No es menester, prosigue.

ANTONIO.- ¿Cómo te compones con los chicos? Me dijo -42- haciendo halagos a Manolo. ¿Cómo quiere V. que me componga, le dije yo? Andan por todas partes vendiendo escobas o flores, y cuando falta el despacho o el género, piden limosna. No, amigo, replicó: así no va la cosa bien, porque esa vida los hará viciosos y holgazanes. Es menester que a Manolo le pongas a oficio, y a la niña al lado de alguna familia honrada.

FERMINA.- Tiene razón Leandro: ¿no es verdad; papá?

ANTONIO.- V. dice muy bien, repliqué; pero ¿dónde ha de ir uno a presentar esas criaturas tan andrajosas? Si tuviese diez o doce duros, pronto estaría hecho. Justamente vive aquí cerca un tejedor que le recibiría de aprendiz si estuviera vestido y se le diera cualquier cosa para ayudar a su manutención, hasta que empezara a servir de algo. De la chica digo lo mismo: con alguna ropita que se le comprara, no faltaría donde la tuviesen para cuidar una tienda en los momentos en que faltase el amo, y en fin para barrer, fregar o tener un niño. Entonces sí que estaría yo libre para -43- buscar acomodo, y no que ahora me veo precisado a andar de ceca en meca como un vagamundo.

DON JUAN.- ¿Y a eso qué contestó Leandro?

ANTONIO.- Se quedó un poco pensativo, y sin responder nada se marchó; pero a los dos días ya estaba de vuelta. = ¿Dónde vive el tejedor que juzgas dispuesto a recibir a Manolo? = Le llevé allá, y estuvo hablando con él en secreto largo rato. Salimos de allí, y después me llevó a una tienda de lienzos. Ya don Leandro estaba de acuerdo con el ama, y así no hizo más que decirme: es menester que conozcas a esta señora, que quiere encargarse de tu Luisa; y apenas

la había saludado, cuando empezó a darme prisa para que fuésemos a una ropería de las que habían venido a la feria. En el camino me dijo abrazándome: ea Antonio mío, ya puedes estar descansado por lo que hace a tus niños. Toma ahora la ropa que hayan menester, y para ti una chaqueta y un pantalón, que esos están muy viejos y desgarrados. Todo se hizo así, pagó su dinero, -44- y cáteme V. aquí vestido, libre y en aptitud de trabajar como a los veinte años.

DOROTEA.- ¡Oh hermano querido! ¡Estoy loca de contenta!

FERMINA.- ¿No te decía yo que estaba inocente? Para que veas que no me equivocaba.

DON JUAN.- (Aplicándose el pañuelo a los ojos.) Pues, señor; ya está visto el paradero del reloj: no hay más que saber.

ANTONIO.- ¿Cómo que no? ¿Cree V. que paró en esto? No, señor. A poco rato noté que me estaba metiendo dinero en el bolsillo con gran disimulo, y yo, la verdad, no quise consentirlo en manera alguna por más que me lo rogó, se enfadó y se valió de mil medios para persuadirme. Ya ve V. que eso no era regular después de tanto como acababa de hacer por mí el buen señorito. Al cabo lo tuve que tomar; pero fue porque me aseguró, que V. se lo había enviado para que me lo diese. Díjele que al momento quería venir acá a pedir a V. mil perdones, y darle las gracias -45- por sus bondades; mas don Leandro no me lo permitió, añadiendo que V. no gustaba que supiese yo de donde me venía aquel socorro. Mucho lo sentí en verdad, pues me lisonjeaba de que un amo tan bueno y compasivo me querría tal vez admitir de nuevo en su casa. Sin embargo no me atreví a desobedecerle.

DON JUAN.- ¡Oh Leandro querido! ¡Conque es verdad que tu corazón es tan noble y generoso como en tu niñez prometía!

DOROTEA.- ¿Y cómo es que has venido ahora a ver a mi tío?

ANTONIO.- Porque no queriendo el maestro admitir a Manolo sin que llevase su fe de bautismo, tuve que venir a Mondragón a buscarla.

Allí supe que el conde de Agoitia necesitaba cochero, fui a presentarme a él, y en efecto me recibió con la condición de que le llevase un certificado del último de mis amos. Pedírsele al coronel en el otro mundo no era posible: fue pues necesario aventurarme a venir -46- acá, aunque lleno de miedo y vergüenza. Si V. no gusta de dármele, tendré paciencia; pero por lo menos nadie me quitará el gusto de manifestar a V. mi agradecimiento por el socorro que tuvo a bien enviarme por conducto del señorito don Leandro.

DON JUAN.- No, buen Antonio, eso no. Preciso es que sepas que todo ha sido obra de mi sobrino, y que a él y no a mí debes agradecerlo.

Pero si se desnudó por vestirte, por ti vuelve a mi gracia, que había perdido. Estaba tan irritado contra él que tenía resuelto desterrarle para siempre de mi presencia: mira si tu venida le saca de buen atolladero.

ANTONIO.- ¡Ay, señor! Si es así, me contemplo dichoso. ¡Qué mayor fortuna para mí, que poder prestar un servicio tan señalado a quien se condolió de mi necesidad remediándola tan generosamente!

DON JUAN.- Aquel bribón de Mariano ha tenido la culpa: y a fe que

ya debiera estar bien receloso de sus pérfidos manejos, pues bastantes -47- veces me ha engañado. Pero, no señor: él no hubiera conseguido alucinarme hasta este punto; la carta del director lo ha hecho todo. ¡Quién había de imaginar que un sujeto tan respetable fuese capaz de semejante proceder!

FERMINA.- Desengañese V., papá: eso es que también ha sabido engañar al director.

DON JUAN.- ¡Válgame Dios! Ahora me acuerdo que me dice ese buen señor que Leandro se había fugado del colegio. ¿Dónde le habrá llevado su desesperación? Mucho me temo alguna nueva desgracia.

ANTONIO.- Que me den un caballo al instante: yo sabré dar con él, y traerle aquí aunque se haya ido al cabo del mundo. (Quiere irse.)

DOROTEA.- (Deteniéndole.) ¿De veras, tío, le perdonaría V. y le volvería a su gracia?

DON JUAN.- ¿Cómo, si le perdonaría? Aunque hubiese vendido hasta la camisa, y volviere más desnudo -48- que salió del vientre de su madre. (DOROTEA hace una seña a FERMINA y se va.) La dificultad es indagar dónde se encuentra.

FERMINA.- ¿Quién sabe si estará por acá?

DON JUAN.- ¡Ojalá! Pero tú algo sabes, que en la cara te lo conozco. ¿Le ha visto alguno por estos contornos? ¿Dónde está?

ANTONIO.- Si fuera verdad, me parece que de gozo daba un salto hasta las bovedillas.

FERMINA.- ¡Ea! Pues, ahí le tienen Vds. todo entero.

(Entra LEANDRO con DOROTEA.)

-49-

Escena XIV

DON JUAN, LEANDRO, FERMINA, DOROTEA y ANTONIO.

(LEANDRO se arroja a los pies de su tío, ANTONIO se echa por tierra abrazando las piernas a DON JUAN, después a LEANDRO, y haciendo otros extremos extravagantes de alegría. FERMINA y DOROTEA se abrazan y lloran.)

LEANDRO.- ¡Tío, tío del alma! ¿Es cierto que V. me perdona?

DON JUAN.- (Abrazándole.) De todo corazón, Leandro mío. Mereces mi cariño más que nunca, y estoy resuelto a no apartarte un punto de mi lado.

LEANDRO.- ¡Jamás! ¡Jamás, tío mío! (Vuelve la cabeza, ve a ANTONIO, y corre a abrazarle.) ¡Oh! ¡Si V. hubiese visto la miseria de este infeliz y de sus hijos! ¡Si V. hubiera tenido, como yo, la culpa de su desgracia!

-50-

ANTONIO.- No hay tal cosa: la culpa la tuve yo que le dejé a V. subir al pescante con unos caballos tan fogosos. ¡Pero si no sé negarme a nada que V. me pide!... Desde ahora se lo advierto a V., señorito don Leandro: por Dios que no solicite V. de mí ninguna cosa que no sea regular; pues yo no podré menos de concedérsela, aunque desde allí tenga que ir a tirarme de cabeza en el río.

DON JUAN.- ¿Por qué en lugar de vender el reloj, los libros y quizá la ropa, no me diste cuenta de todo? Esta resolución en un muchacho, que ignora el valor de las cosas, fue siempre imprudente y precipitada.

LEANDRO.- Es verdad, tío: yo lo confieso. Pero cada momento que pasaba sin socorrer la necesidad de Antonio me parecía que cargaba sobre mi corazón el peso de un asesinato. Y luego, como V. le había despedido tan airadamente, recelé que me impusiese prohibición formal de socorrerle, con lo cual, faltando a las órdenes de V., hubiera cometido mayor culpa.

-51-

DON JUAN.- ¿Conque según eso me hubieras desobedecido?

LEANDRO.- Sí, señor, lo confieso; pero en esto únicamente.

DON JUAN.- Vuelve a abrazarme, Leandro mío,... Sin embargo aún hay un punto en las cartas, que no aparece bastante claro. ¿La noche que faltaste del colegio donde estuviste?

LEANDRO.- Eso fue el día, que volví a llevar a Antonio el dinero. El director no estaba en el seminario, y aunque me propuse regresar antes de las diez, que es la hora en que se cierra la puerta, no llegué a tiempo, porque así que oscureció perdí el camino.

DOROTEA.- ¿Y cómo pasaste aquella noche?

LEANDRO.- ¡Grandemente! Me refugié en unas casas medio arruinadas, me tendí en una piedra y dormí hasta el otro día como un lirón. Tal
-52- era el gozo que sentía de haber sacado a Antonio de su apuro.

FERMINA.- ¡Mire V. cómo el taimado de Mariano no nos contó nada de eso, aunque todo lo sabía!

DON JUAN.- Yo te aseguro desde ahora que acabó para mí el tal Marianito.

LEANDRO.- No, tío; eso no. Ser feliz en perjuicio ajeno, no lo consentiré, y menos en el de mi primo.

DOROTEA.- (Dándole la mano.) ¡Ay hermano mío! ¡Cuánto te quiero!

FERMINA.- (Dándole la otra mano.) Pero más que yo, no lo creas.

DON JUAN.- Bueno: que se quede allá en el seminario: tú siempre conmigo, aun cuando tenga que traer maestros hasta de Salamanca. (LEANDRO le besa la mano.)

ANTONIO.- (Besándole los faldones del frac.) ¡Oh mi buen amo! ¡Siempre, siempre el mismo!

-53-

DON JUAN.- (Dándole una palmada en el hombro.) Vamos a otra cosa: ¿estás ya ajustado en casa de Agoitia, o no?

ANTONIO.- No, señor; ¿no ve V. que faltaba el certificado?

DON JUAN.- Ya no es menester: veo que Leandro y tú deseáis estar juntos; pero guárdate² de dejarle subir otra vez al pescante. Por lo que hace a tus chicos, no tengas cuidado, que ya corren por mi cuenta.

ANTONIO.- ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué día tan dichoso! ¡El señorito! ¡Mis pobres niños!... No sé lo que me pasa: parece un sueño. ¿Y mis caballos? Voy corriendo a verlos. (Vase.)

DON JUAN.- ¡Pobre hombre! Está como loco, y a mí no me falta mucho. Vamos, hijos, a dar la buena nueva a la familia y a que la celebren con dos botellas de peralta.

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario